

Identidad latinoamericana y pulsión de libertad. Una aproximación desde la literatura

Claudia González Castro¹

Resumen

En la búsqueda de nuestra identidad como continente colonizado y reflexionando acerca de lo propiamente latinoamericano, indagamos en nuestras condiciones históricas, pensando las similitudes que habrían favorecido una particular forma de experimentar la identidad como pulsión libertaria. La libertad sublimada aflora en las narrativas literarias como pretexto para repensarlas una y otra vez, hasta fundirse ficción realidad e identidad, conformando parte determinante de aquello que se considera propiamente latinoamericano.

Palabras claves: Latino americanismo, literatura latinoamericana, identidad latinoamericana, historia latinoamericana.

Latin American identity and freedom instinct. An approach from the literature

Abstract

In the search of our identity as a colonized continent and reflecting on Latin American itself, inquire into our historical conditions, thinking the similarities that would have favored a particular way of experiencing identity as libertarian drive. The sublimated freedom in literary narrative emerges as a pretext to rethink over and over again, to merge fiction and reality and identity, forming a determinant part of is considered proper Latin American.

Key words: Latin Americanism, Latin American literature, Latin American identity, Latin-American history,

Fecha Recepción: 15 de junio 2015

Fecha Aceptación: 15 de julio 2015

¹ Doctora en cultura y educación en América Latina, Profesora General Básica, cjgonzalezcastro@yahoo.es
Universidad San Sebastián, Universidad Austral Valdivia, Chile.

Introducción

Interpelar la identidad para develar qué comprende en sí misma, cuestiona su posibilidad singular como tal. La identidad alude directamente a relaciones establecidas, para comprenderla ya no "en", sino "entre". Relaciones que se erigen entre el ser humano y su proximidad, con los otros, el sí mismo, y el sí mismo incorporado a esos otros. La identidad acontece desde las relaciones establecidas, entendidas como articulaciones en el entramado social. De esta manera, es posible distinguir dos perspectivas teóricas principales respecto a su formación. Una perspectiva esencialista, que advierte una determinada naturaleza en los sujetos, o conjunto de propiedades residentes en el individuo, que se proyectan a la comunidad, siendo posible establecer asociaciones, voluntarias o no, en función de la percepción de una igualdad de esencia vinculante. Por otra parte se advierte una perspectiva construccionista desarrollada principalmente por la sociología, desde los postulados de Durkheim (1893, 1895) que interpelan la conciencia y representaciones colectivas. Construccionistas identifican en la interacción colectiva la vertiente de la identidad, Es decir, la identidad es dependiente de las experiencias del sujeto en el contexto social en el que está inserto, por sobre el atributo fijo de la perspectiva esencialista. La discusión se genera entonces, a partir de si la identidad se define en el sujeto, (esencialistas) o fuera de él (construccionistas).

Desde una perspectiva construccionista, si el contexto social y sus representaciones

sociales están expuestos a procesos de transformación, efecto de la fluidez de las herencias, creaciones y transferencias que lo determinan, la identidad también está sujeta a dichas transformaciones. Desde esta última visión Sartre (1948, 1968) describe la adopción de una identidad como el resultado de las diversas perspectivas de la mirada al interior del nosotros, y analiza la triada verme, verlos, ser visto, como una organización sistémica de la comprensión del yo, basada en el estímulo del colectivo humano en el que se está inserto. Es decir, la mirada del individuo hacia sí mismo, está siempre condicionada desde el exterior. La representación de los que miran, es internalizada como imperativos para las subjetividades que ocupan determinados lugares dentro de una trama social. Efectivamente, y siempre siguiendo a Sartre, la dimensión visible de la identidad se complementa con la mirada propia, hacia los demás: hay que determinar las diferencias entre ellos y yo, pues al decidir qué son los demás, se decide también qué es uno (Sartre, 1968, p.10). Al estar la propia visión supeditada a la construcción de modelos exteriores, es imposible pensar (se) fuera de los imperativos que nos construyen. Las perspectivas de la mirada constituyen una tautología comprensiva de la identidad que reafirma las similitudes y diferencias ante la imposibilidad de situarse al margen del imaginario colectivo.

Hablar de identidad latinoamericana, implica reconocer una matriz o esencia que nos define como sujetos y enmarca nuestras percepciones colectivas, determinando la decodificación que hacemos de la rea-

lidad, del contexto y de nosotros mismos. Este ensayo, propone que esta matriz de identidad se erige desde el proyecto de modernidad capitalista en América Latina, en el que el Estado se apropia del imaginario social a través de sus discursos y sus medios enunciativos. De esta manera intenta construir un imaginario sobre cómo acontece el sujeto moderno, actuando como referente para estimular la identificación. La modernidad latinoamericana es un proyecto de expansión del capitalismo europeo, que redefine y organiza la sociedad en función de las relaciones productivas constitutivas del mercado. El diseño de la modernidad necesita de un adiestramiento político para injertarse en América, que a través del ejercicio de la violencia epistemológica sobre la multiculturalidad existente, modela el imaginario colectivo y la identidad cultural. Así mismo, extrae de la fuerza productiva la máxima rentabilidad para consolidarse. Conviviendo en el mismo continente, dos formas de existir, dos formas de acontecer en los límites del territorio social, político y económico. Como consecuencia de lo anteriormente expuesto las ideas de fragmentación, polaridad, jerarquía y opresión, serán recurrentes en la idea de identidad en nuestro continente y estarán presentes cada vez que Latino América se piensa a sí misma.

Desde la historiografía, es posible advertir dos formas de latino americanismo. El primero, adopta el discurso inscrito en la estructura académica y la dinámica global de la supeditación a las grandes urbes. Propone la integración y homogeneización cultural, de esta manera, seguir las pautas trazadas por la modernidad europea que funda

la identidad eurocéntrica. El segundo latino americanismo, es contra disciplinario y anti representacional, pretende la liberación y la desarticulación de la representación epistémica que Europa ha ejercido sobre el continente, proponiendo una nueva línea de reflexión teórica. Se enjuicia el saber europeo y su pertinencia, se cuestiona además, la articulación de los saberes modernos con el poder y todo el sustento de la construcción discursiva de las ciencias sociales. Se impone la pluralidad epistémica y reconoce la necesidad de interpretar el mundo desde una perspectiva que implica el reconocimiento de lo propiamente latinoamericano. Esta tendencia identitaria de la última década del siglo XX, se ha visto posibilitada por el clima intelectual generado entre diversos autores que se han abocado a la tarea de generar un espacio propio, que recupera la originalidad del pensamiento y con ello la heterogeneidad. La deconstrucción, desde la filosofía, realiza un aporte al proceso de búsqueda de alternativas teóricas y opciones civilizatorias, en el ejercicio reflexivo sobre diferentes tópicos, o temas reiterativos que cruzan esta propuesta: alteridades, historia, temporalidad, subalternidad, etc. La agrupación de esta perspectiva intelectual en escuelas teóricas como los Estudios Culturales renovaron la producción latinoamericana vinculándola hacia lo identitario. Moreiras (1998) presenta además una alternativa para pensar la emergencia de la identidad latinoamericana desde un tercer espacio. Este se configura como un intersticio entre lo hegemónico y lo subalterno, no como ejercicio aleatorio de ambos, sino como espacio alternativo que no pertenece

al primer espacio, ya que no adopta la identidad trazada por la modernidad, ni al segundo espacio, preconizador de una utopía identitaria étnica. El tercer espacio renuncia a la jerarquización discursiva, reacciona contra el dominio metropolitano, mantiene el compromiso con el origen, pero se libera de ambos y se reconoce a sí mismo como un híbrido.

En el proyecto identitario eurocéntrico, la construcción de un imaginario histórico, ha sido fundamental. La historia, como experiencia que cohesiona jurídicamente a los hombres, cumple funciones tácticas, ya que en la conjugación de olvidos y memoria, construye la verdad institucionalizada del Estado y justifica la continuidad del poder, transformándose en determinante de la experiencia colectiva y la identidad moderna (Foucault, 1976). Efectivamente, la historia constituye una mirada retrospectiva comunitaria a través del tiempo sobre la memoria y el olvido colectivo. Mientras la memoria, cohesiona y le da linealidad, el olvido escinde, divide y establece rupturas. Augé (1998), reconoce tres formas de olvido, que se expresan en las figuras del retorno, el suspenso y el comienzo. Retornar –la primera de las formas de olvido- se define en este contexto, como la recuperación del pasado más antiguo y el olvido del presente. Suspender –la segunda forma- se desplaza a través del olvido hacia el futuro, aislando memorias, confinando recuerdos para transitar por sobre ellos en el tiempo. Por último, el comienzo, olvida el pasado, fundando un futuro cimentado sobre el presente.

Desde la figura del suspenso, el ejercicio del olvido en nuestro continente ha acallado un pasado a favor de una matriz identitaria eurocéntrica, que permite reconocerse como pieza de una macro estructura funcional a la concepción de un Estado moderno. Sin embargo episodios históricos no resueltos, surgen iterativamente, hasta convertirse en un leitmotiv del arte, la literatura y el espacio comunicacional, integrándose a nuestro imaginario social como un componente fundamental de nuestro latino americanismo. La literatura sobre poblada de historicidad, constituiría una forma de transitar experiencias entre el consciente y el inconsciente que en el repetitivo emerger nos sugiere su eterna latencia y su constante búsqueda de exteriorización. Es decir, existiría una tensión en nuestra identidad latinoamericana, que busca hacer visibles la dominación, la opresión y la libertad como conflicto en nuestro continente, constituyendo una pulsión, entendida desde el psicoanálisis como un esfuerzo o energía que tiende hacia la consecución de un objeto que puede presentarse ambiguo, lo que dificulta la satisfacción (Freud, 1905). Si asumimos que la fuente que genera la pulsión latinoamericana es la denuncia de dominación y opresión que conforman una libertad conflictiva, la literatura sería el objeto que disminuye temporalmente la tensión, entregando vías de descarga a esta energía que se apropia de la identidad.

A través de una revisión bibliográfica de las temáticas narrativas latinoamericanas postcoloniales, este trabajo pretende identificar la libertad conflictiva como matriz identitaria de nuestro continente, asumiendo

do a las voces literarias como portadoras de una pulsión que determina nuestra forma de acontecer en el tercer espacio.

Desarrollo

Ningún continente parece estar tan cohesionado históricamente como el nuestro, en el que cada periodo histórico, es la réplica o el anticipo del país vecino. El periodo de colonización, las oligarquías y posteriormente las dictaduras militares, herederas del sistema oligárquico, agregan una particularidad difícil de explicar en la historia americana, pero que a todos nos resulta altamente significativo y que permite entenderlas como consecuencia de un derrotero común, o una determinada forma de habitar el continente. A pesar de ser factible identificar ciertos periodos cronológicos de convergencia histórica, no es la intención de este ensayo examinar un periodo decenal determinado, sino exponer ciertos fenómenos comunes de la región, efecto de una determinada forma que adquiere el ejercicio gubernamental en este espacio. Para ello es apropiado pensar un criterio de temporalización indiferente a la cronología, considerando que cada época tiene acontecimientos que le son propios, que son los que guían esta reflexión, y que le dan coherencia, más allá de los auxiliares cronológicos de clasificación (Kosellec, 1998). El propósito de este ensayo es reconocer algunas características que son propias a nuestra historia, desde tres periodificaciones, caracterizadas por un duelo histórico, o territorio social escindidos en grupos que comparten el espacio sin embargo se encuentran confrontados en

relaciones de opresión y explotación. El primer duelo histórico es el enfrentamiento entre colonizadores y colonizados; el segundo enfrenta a las oligarquías y sus inquilinos, esclavos u obreros. Por último, las dictaduras militares latinoamericanas se enfrentarán a los ciudadanos, transformándolos en oprimidos políticos. Esta categorización, no pretende establecer coyunturas históricas, de hecho en la cronología pueden compartir un mismo periodo, sino más bien, explicar la unicidad del ejercicio de la discriminación, segregación y opresión propios de la subalternidad, para posteriormente identificar su latencia en la identidad y su expresión como trauma social, que emerge en la forma de un leitmotiv del arte y otras manifestaciones culturales, pero que para efectos de este trabajo, remitiremos a la literatura americana. Hablaremos de colonización, oligarquías y dictaduras militares, unificadas en una sola descripción que se adapta a todas las prácticas del continente, sin abordar particularidades de cada país, ni tiempo cronológico, considerando que, más allá de una experiencia política, son también una experiencia económica, ideológica y social, que configuran una sensibilidad común a toda América Latina, cuyo análisis nos entrega un recurso más para la comprensión de nuestra identidad.

Colonizadores y colonizados

La posición subalterna de la identidad latinoamericana, nos remite al periodo de conquista en donde el encuentro interétnico traumático, generó un territorio maniqueo en la dualidad colonizador colonizado. La

actividad sedentaria empresarial de producción y exportación, significó enriquecimiento a corto plazo, gracias a la conjugación de recursos como tierra y yacimientos, con fuerza de trabajo indígena, levantando formaciones productivas asimétricas y colonizantes (Salazar, 2003). La violencia y discriminación, consolidan las relaciones productivas, ya que, como nos recuerda Foucault (1996), cada vez que hubo enfrentamiento, homicidio, lucha, riesgo de muerte, se tuvo que pensar en el marco del evolucionismo y la consiguiente definición de dos clases de individuos, como cobertura científica de las relaciones de colonización. De esta manera se establecen asociaciones naturalizadas como indigenismo y subalternidad, eurocentrismo y hegemonía, que reparten posiciones alrededor del privilegio social, tal como narra la novela indigenista del siglo XIX. La interacción social entre mestizos e indígenas, obliterada en violentas relaciones de dominación, se manifiesta a través de un determinado tipo de escritura, que hace suya la denuncia contra las condiciones de marginalidad, abuso e injusticia en la que viven los denominados indios. Entre los expositores de la llamada Novela Indigenista se encuentran Alcides Arguedas (Bolivia, 1879-1946); Mauricio Magdaleno (México, 1906-1986) y Jorge Icaza: (Ecuador, 1906-1978), entre tantos. De este último, la novela "Huasipungo" (1973), da cuenta de este periodo a través de la miserable vida indígena y los abusos del terrateniente que los esclaviza:

Las Voces de las solicitantes mezclándose con el llanto de los niños y las protestas del mayordomo se ex-

tendieron por el campo en algazara de mercado.

-Yo mismo sé a cuál, carajo. ¡Esperen he dicho! ¡Indias brutas! Vos, Juana Quispe. Vos, Rosario Caguango. Vos, Catota... Vamos... Que la niña grande diga no más lo que ella crea justo... -ordenó el jinete e hizo adelantar a las mujeres que había seleccionado.

Desde la sorpresa de su mala suerte, con voz amarga y llorona, el coro de longas desechadas interrogó:

-¿Y nosotros, ga?

-¡A trabajar, carajo!

-Uuuu...

-Si no acaban la tabla de ese lado verán lo que es bueno. ¡Indias perras!

-Indias perras... Indias putas... Sólo esu sabe taita mayordomu... -murmuraron en voz baja y burlona las mujeres, reintegrándose perezosamente a la dura tarea sobre el sembrado, mientras en la sombra del chaparral y en el desnivel del zanjón hormigueaban de nuevo el llanto, la angustia, el hambre y el bisbiseo fantaseador de los pequeños. (Icaza, 1934/1961, p.106)

Sartre (1968) analiza los procesos de colonización, evidenciando los factores capitalistas que introduce el colono para iniciar la explotación. El derrotero comienza con la usurpación de tierras y la transformación del indígena en proletariado urbano;

la sustitución del feudalismo agrícola por el liberalismo capitalista y luego la violencia epistemológica que se ejerce en la apropiación cultural, entregando una perspectiva de verdad sobre la idea de civilización. La estrategia de romper con las sociedades tribales, desestabilizándolas e introduciendo soluciones que favorecen el capital, obedece a la necesidad de mano de obra. Sólo de esta manera se puede satisfacer necesidades de consumo, manteniendo los niveles de explotación y ganancia. Para el autor, los colonizados son siempre sinónimo de mano de obra.

Latino América no fue una excepción al proceso descrito por Sartre, ingresando a la civilización occidental como región subordinada y desangrada. La identidad comunitaria será violentada, sometida, acallada y posteriormente integrada a una idea de nación, que omite las particularidades propias de la multiculturalidad previamente existente, en una homeostasis pacificadora. La identidad queda encarcelada en el paisaje histórico del colono, en la que el colonizado solo puede ser pensado desde la historia oficial del colonizador. Es decir, siempre es para los otros en relación de subordinación (Fanon, 1963). Surge de esta forma una auto mirada traumática que emerge en el descubrimiento y negación de la presencia génica indígena, marcada en nuestro color de piel, que nos acusa subordinados. La negación de la vertiente indígena en la identidad, es el camino de evasión ante la situación insostenible de reconocer en el uno mismo el estereotipo construido por los demás, a partir de rasgos hereditarios grabados en el cuerpo y que conducen inevitablemente a

asumir la situación de mártir (Sartre, 1948, p.83-84).

Esta herencia biológica y epistémica bifurca a la literatura en un relato esquizofrénico, que amalgama la experiencia épica del indígena y sus proezas heroicas, con la iteración de la imagen del otro colonizado subalterno, generando extrañamientos y desencuentros. Una narración presenta al antepasado "indio", indómito, salvaje, fascinante, asociado semánticamente a la libertad. Un héroe romántico de textos de estudio que configura un espacio de marginalidad y a quien se le objetiva desde el paternalismo social, que lo invita a la integración. Por otra parte, está el indio subalterno, el "otro" que representa el margen desplazado del privilegio social. La imagen del colonizado subalterno resentido por la gradación modernizadora. La categoría de "indio", reduccionista de las numerosas etnias existentes, expresa necesariamente una relación colonial.

Deus Zibac, como mal llamaban al inquisidor, aunque el apodo le iba mejor que el nombre, se llamaba Idomeneo Chindulza, era una mezcla de español y de indio que ni él mismo se la aguantaba. Los dos malos olores. Las dos envidias. Y como por real cédula se dispuso que ser indio no era una mancha para obtener limpieza de sangre, el Inquisidor la obtuvo, y se limpió todo, menos el rostro picado de viruelas. «Deus» por lo español y «Zibac» por lo indio, Deus Zibac quería decir «Dios hecho de zibaque». (Asturias, 1930/1995, p.39)

Desde esta perspectiva, un eslabón de la identidad latinoamericana es efecto de la esquizofrenia genealógica, que reconoce la vertiente indígena desde las proezas épicas del pasado, ausente a toda contemporaneidad, que a la vez lo niega en su imagen de marginal, generando una voz desde el tercer espacio. La literatura que objetiva este periodo, se aparta de la historiografía y se erige como vehículo de una sensibilidad étnica, pretendiendo dejar evidencia de la indefensión de su origen y le entrega, con cierta excepcionalidad, el protagonismo narrativo de las páginas adoloridas por la desintegración cultural, a quechuas, aymaras, guaraníes, nahualt y otros pueblos originarios que reclaman visibilidad a través de los autores que median entre el dolor y la apatía mestiza.

Oligarcas y obreros

En los primeros pasos de los Estados independientes de América latina, se establece un nuevo grupo de dominio entre los emergentes comerciantes, mineros, hacendados y cafetaleros. La Oligarquía, entendida como grupo social dominante, cohesionado por lazos de consanguinidad y empoderados económicamente, tuvo un extenso periodo de desarrollo y predominio en el que primeramente capturaron el poder económico con la explotación de recursos y la consiguiente acumulación de capital entre familias, para posteriormente conquistar el poder del Estado. De esta manera, la capacidad de decisión se concentraba en un grupo social reducido, vinculado familiarmente. En los relatos historiográficos del

periodo de modernización figuran dinastías como la de Meléndez Quiñones, cafetaleros de El Salvador; los Cousiño, carboníferos en Chile; los Gildemaister, salitreros en Perú; los Santamarina, terratenientes en Argentina, y otras familias enriquecidas efecto de la activación del comercio exterior con la sociedad europea de la era industrial, que junto al protagonismo económico erigen un poder simbólico detentado a través de una determinada forma de vida, basada en el lujo y la arrogancia, que los caracterizó como referentes sociales.

Los Ventura tuvieron muchos mayordomos, todos idénticos: nadie recordaba ni sus nombres ni sus características personales porque sus deberes estaban tan reglamentados que automáticamente se era un Mayordomo perfecto dado cierto número de años de servicio. Lo que nadie olvidaba, sin embargo lo que no abandonaba sus pesadillas de niños ni sus obsesiones de grandes, era la célebre librea del Mayordomo (...). Esta librea era tan enorme que lo que en verdad resultaba difícil era encontrar un candidato de talla suficiente para que no quedara suelta. Una vez cumplidos este requisito y el entrenamiento debido, se podía contar con que todos los Mayordomos fueran igualmente sin iniciativas que pretendieran innovar los rituales, y que no aspiraran a otro emolumento que el honor de ser lo que eran, y a la casita que en la capital, como premio, los Ventura les obsequiaban en un barrio

semejante al barrio donde vivían los señores, pero plebeyo, con fachadas ordinarias que remedaban las fachadas nobles alineadas en las grandes avenidas de palmeras que habitaba la gente como los Ventura (Donoso, 1978/1998, p. 45)

La oligarquía, no fue una clase social propiamente tal, sino más bien, una categoría política, que cohesionados por sus intereses económicos ejercieron opresión y dominio. Organizaron la sociedad a partir del concepto de hacienda como cónclave de la institución familiar. Establecieron además una particular forma de relación entre empleador y empleado (inquilinaje en sectores rurales) con fuerte dependencia económica y un naturalizado ejercicio de la coerción física.

El poder económico de la oligarquía prontamente trascendió a lo político, ya que la apropiación y control de la masa trabajadora le permitió utilizarla como estrategia en las contiendas electorales haciendo uso del voto de sus obreros (Cavarozzi, 1978). Sin duda, este modelo de relación laboral ha dejado marcas indelebles en el inconsciente colectivo latinoamericano, que emerge como recuerdo traumático en la literatura, en textos como *Casa de Campo* (Donoso, 1978), *La Casa de Los Espíritus* (Allende, 1982), que narran el inquilinaje campesino y sus relaciones de opresión y sumisión. Por otra parte, Baltazar Castro y Baldomero Lillo, escriben sobre la traumática experiencia de los trabajadores mineros en *Sewel* (1953) y *Sub-Terra* (1904). Junto al trauma del martirio y explotación del trabajador, América Latina conserva una singular ma-

nera paternalista de relacionarse con las clases privilegiadas y sus valores asociados, como el dinero y el poder.

En el transcurso de los diez años siguientes, Esteban Trueba se convirtió en el patrón más respetado de la región, construyó casas de ladrillo para sus trabajadores, consiguió un maestro para la escuela y subió el nivel de vida de todo el mundo en sus tierras. (...) El mal carácter de Trueba se convirtió en una leyenda y se acentuó hasta llegar a incomodarlo a él mismo. No aceptaba que nadie le replicara y no toleraba ninguna contradicción, consideraba que el menor desacuerdo era una provocación. También se acrecentó su concupiscencia. No pasaba ninguna muchacha de la pubertad a la edad adulta sin que la hiciera probar el bosque, la orilla del río, o la cama de fierro forjado (...). Los campesinos escondían a las muchachas y apretaban los puños inútilmente, pues no podían hacerle frente. Esteban Trueba era más fuerte y tenía impunidad. Trueba siguió labrando su prestigio de rajadiablos, sembrando la región de bastardos, cosechando el odio y almacenando culpas que no le hacían mella, porque se le había curtido el alma y acallado la conciencia con el pretexto del progreso (Allende, 1982/2007, p.88)

La explotación de los estratos sociales bajos, a través del inquilinato (agrícola) o el

esclavismo (cafetalero) contribuyeron a la construcción de una idea de poder político económico hegemónico, centralizado y paternalista, alrededor del cual se ampara la población, en una relación de supervivencia, que comprendía además, fidelidad y sumisión, trascendiendo de lo material, hacia lo ideológico. Es importante mencionar que las oligarquías desarrollaron exclusivamente el modelo mono productor. La aguda dependencia de la exportación de monocultivos como el café y el azúcar en Centro América, y la explotación del salitre y el estaño en América del Sur, generó la gran crisis económica durante la primera guerra mundial, cuando Europa redujo considerablemente el nivel de importaciones, arrasando consigo el derrumbe del modelo, el empobrecimiento de los países del continente americano y su consiguiente retraso tecnológico respecto a Europa. La idea de modernización neoliberal y capitalista será la apuesta fundamental de las dictaduras militares en Latinoamérica.

Durante el predominio de la clase oligárquica, los Estados debieron enfrentar una serie de conflictos de clase (la amplia brecha social abre paso a la lucha social); conflictos étnicos (el despojo de tierras indígenas y su consiguiente descontento) y territoriales (como la Guerra del Pacífico del cono sur por el dominio de las salitreras) que generaron la necesidad de una fuerza que apoyara y resguardara sus intereses políticos y económicos. Para ello, la oligarquía invirtió en la formación e instrucción de un ejército que hasta entonces no existía. La prosperidad del momento facilitó una inversión cuantiosa en la profesionalización militar en la línea

germánico prusiana, reorientando la formación militar que existía hasta el momento, conformando un cuerpo militar al servicio de los intereses e ideología de la clase oligárquica. En lo económico, resguardó sus intereses de clase; en lo racial se hace parte del menosprecio y el despojo del indígena; en lo social, es un agente represivo de la contienda social y en lo político, aprueba el autoritarismo y el empleo legítimo de la violencia (Quiroga, 2002).

La prusianización del ejército erigió la imagen del militar como autoridad, con participación política y legítimo poder represivo, que se adosará al imaginario Latino Americano en su desarrollo histórico y potenciará las dictaduras. El pacto colaborativo entre clase dominante y milicia permitieron un acuerdo apropiado para excluir a los sectores rurales y a las clases trabajadoras urbanas del empoderamiento político y la repartición de privilegios sociales, logrando un control extremo de la economía y las decisiones gubernamentales. Algunas regiones dividieron las tareas de gobierno: militares ejercían el poder político y comerciantes exportadores, junto a sectores de clase media urbana, controlaban la economía, respetándose y colaborándose entre ellos. Las agudas diferencias sociales y la pauperización del trabajador decantaron en la cuestión social. La llegada de ideas marxistas significó posteriormente la lucha armada (revolución cubana, movimientos guerrilleros en Perú, Bolivia y Venezuela), con un trabajador convertido en proletario, contra una oligarquía convertida en Burguesía. Sin haber vivido un proceso de revolución industrial, América Latina se comprendió a sí misma

desde la lucha de clases, con dramáticos enfrentamientos que la literatura se encarga de rememorar.

José Arcadio Segundo estaba entre la muchedumbre que se concentró en la estación desde la mañana del viernes. Había participado en una reunión de los dirigentes sindicales y había sido comisionado junto con el coronel Gavilán para confundirse con la multitud y orientarla según las circunstancias. No se sentía bien, y amasaba una pasta salitrosa en el paladar, desde que advirtió que el ejército había emplazado nidos de ametralladoras alrededor de la plazoleta, y que la ciudad alambrada de la compañía bananera estaba protegida con piezas de artillería. Hacia las doce, esperando un tren que no llegaba, más de tres mil personas, entre trabajadores, mujeres y niños, habían desbordado el espacio descubierto frente a la estación y se apretujaban en las calles adyacentes que el ejército cerró con filas de ametralladoras (...). Cuando José Arcadio Segundo despertó estaba bocarriba en las tinieblas. Se dio cuenta de que iba en un tren interminable y silencioso, y de que tenía el cabello apelmazado por la sangre seca y le dolían todos los huesos. Sintió un sueño insoportable. Dispuesto a dormir muchas horas, a salvo del terror y el horror, se acomodó del lado que menos le dolía, y solo entonces descubrió que estaba acostado so-

bre los muertos (García Márquez, 1967/2008, p. 365-366)

La llegada del pensamiento socialista a Latinoamérica, trae consigo demandas armadas, manifestaciones masivas y la aparición del populismo, encarnado en figuras como la de Odría en Perú y Perón en Argentina.

Aquellos países que no articularon conflictos armados, desarrollaron una lucha preventiva contra las guerrillas revolucionarias. Combatir la expansión de las izquierdas fue uno de los principales móviles militares. Los sectores conservadores asignaron a las Fuerzas Armadas la represión de los movimientos insurgentes aprobando con unanimidad el uso de la violencia sin medida. Había nacido en América Latina, el principal enemigo de los dictadores: el marxismo. Con la izquierdización de la región, los países llegaron a polarizarse hasta el punto dividirse en, literalmente, dos bandos que mantenían un conflicto de carácter clasista, institucional y político, definiendo las contiendas de las próximas décadas (Cotler, 1977). El marxismo, en un territorio fuertemente marcado por el sincretismo, se funde con el catolicismo hasta convertirse en una extraña amalgama de religión y política, en la que el socialismo se cita como al evangelio. Los marxistas latinoamericanos, más que un aporte a la teoría, entregan un tinte místico a la doctrina, que se traduce en una particular forma de ser apóstol marxista en América. Mariategui (1972) contribuye a la visión religiosa de la izquierda desplazando el carácter científico atribuido por el marxismo ortodoxo hacia la fe y la pasión mística religiosa y espiritual. La unión entre izquierda y religión se consagra en la

Teoría de la Liberación con representantes como Ernesto Cardenal (Nicaragua, 1925), Enrique Dussel (Argentina, 1934) y Fernando Lugo (Paraguay, 1951) quienes levantan un cuerpo teórico teológico comprometido socialmente.

Padre nuestro que estás en el exilio
casi nunca te acuerdas de los míos
de todos modos dondequiera que
estés
santificado sea tu nombre
no quienes santifican en tu nombre
cerrando un ojo para no ver las uñas
sucias de la miseria
(Benedetti, 1961/2000, p. 57)

Una vez más, la literatura asiste a las voces ausentes del protagonismo historiográfico. Aquellas voces acalladas que a través de la ficción, reclaman su presencia en episodios que han sido destacados por su relevancia para la economía de la época o que han sido ampliamente estudiados como procesos sociales y que en su fraguar han contribuido a dejar el conflicto de la libertad en estado de latencia, remitida a un tercer espacio.

Dictadores y oprimidos

Es en el contexto revolucionario que convive con milicias estatales fortalecidas que las dictaduras emergen como una manera de enfrentar el desarrollo de los movimientos socialistas que irrumpen en los años 30, con el componente posterior de la guerra fría y la consolidación de Estados Unidos como potencia internacional tras la segunda guerra mundial. Efectivamente, el posicio-

namiento de EEUU en la jerarquía mundial, es determinante al examinar los golpes de estado militares avalados por Norte América. Lo habitual era que militares buscaran el consentimiento de la embajada norteamericana antes de dar el golpe de estado, de esta forma obtener una mayor legitimidad y reconocimiento internacional. Esto, sin contar con los quiebres del orden institucional que fueron directamente impulsados desde Washington. Estados Unidos reforzó la posición de los golpistas invirtiendo millones de dólares en los ejércitos latinoamericanos, especialmente con préstamos que permitieron renovar el vetusto armamento disponible. Una excepción a esta situación la protagoniza Perú y el levantamiento militar de 1968. Las determinaciones del Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, lejos de contar con el apoyo norteamericano, significaron tensiones gubernamentales que fueron solucionadas posteriormente por la vía diplomática.

Pero si las Dictaduras llegan a concretarse, no es tan solo por el apoyo norteamericano, es porque encontraron un espacio apropiado en la sociedad latinoamericana, heredera de las fuertes diferencias sociales de la etapa oligárquica. Una sociedad jerarquizada, que hereda el paternalismo benefactor de la clase gubernamental y el autoritarismo militar prusiano. Una sociedad que hereda también el desprecio hacia el indígena, que si bien se mantuvo siempre en lucha constante por el acceso a la tierra, fueron las dictaduras quienes reprimieron con mayor fuerza a las comunidades existentes. Todas ellas son huellas indelebles que se manifestarán en la búsqueda constante de la su-

peración de las desigualdades, inequidades expresadas en la institucionalidad, hasta llegar a identificarse como una característica propia de los países dominados.

Aunque la presencia militar es constante en toda la historia de la América independiente, es en las décadas de los 60 y los 70 que los golpes militares se repitieron frecuentemente. Un general, o coronel, con apoyo de sus compañeros se lanzaba a la conquista del poder, o bien una corporación militar en pleno, intervenía en la vida política. Sin embargo, y a pesar de resaltar que las intervenciones han sido generalmente corporativas, en el imaginario Latinoamericano ha perdurado indeleble la figura del Dictador. No se puede dejar de reconocer la incidencia de las características personales del dictador en la percepción de los periodos autoritarios. El dictador asume el rol de líder de un grupo político asociado a la burguesía, al conservadurismo, o a la derecha. Personalidades obsesivas, egocéntricas, con componentes sicopáticos, de alto carisma y poder de convencimiento. Los dictadores encarnan la fantasía paternalista del protector benefactor del pueblo, que en lógica de "El Príncipe" de Maquiavelo, se atribuyen atributos de sabiduría para guiar al resto de los ciudadanos. El poder se concentra en el dictador, aunque será común observar a otros representantes ejerciendo la dirección del país, manipulado por el verdadero cabecilla del gobierno. Esta modalidad de ejercer el poder desde un cargo paralelo a la presidencia se utilizó frecuentemente para "blanquear" las imágenes democráticas del país. Stroessner en Paraguay, Videla en Argentina, Pinochet

en Chile, Trujillo en República Dominicana, proyectan una perturbadora imagen humana que ha sido objeto constante de la literatura, intentado aprehender las distorsionadas personalidades de dictadores.

No es que yo crea que el pueblo me
erigió esta estatua
porque yo sé mejor que vosotros que
la ordené yo mismo.
Ni tampoco que pretenda pasar con
ella a la posteridad
porque yo sé que el pueblo la derriba-
rá un día.
Ni que haya querido erigirme a mí
mismo en vida
el monumento que muerto no me
erigiréis vosotros:
sino que erigí esta estatua porque sé
que la odiáis.
(Cardenal, 1961/1972, p. 45)

Las dictaduras militares, más allá del modelo económico y político impuesto y el considerable retraso artístico cultural, el principal legado se refiere al trauma social de los derechos humanos que marca a América Latina, incorporando a la memoria colectiva el horror de la tortura. Todas las dictaduras latinoamericanas fueron sangrientas. En un proceder que acusa la formación alemana nazi que legitima la posibilidad de eliminar físicamente y por medios legales, al que se considere enemigo. El apoyo de la violencia fue utilizado en diferentes etapas del régimen y de diferentes maneras. En Argentina, Chile y Uruguay la represión comenzó junto con el derrocamiento de los gobiernos cons-

titucionales y fue la principal herramienta utilizada para imponerse frente a una debilitada izquierda, efecto de las detenciones, ejecuciones focalizadas en líderes insurgentes. En Brasil, la represión se utilizó en las etapas finales para aplastar los focos guerrilleros levantados durante los cuatro años anteriores de dictadura, mientras que en Uruguay se vivió una represión dirigida al control de la sociedad civil, a través de la censura (Gutiérrez y Villegas, 1998). La metodología represiva eliminó toda posibilidad de disidencia política y se materializó a través de figuras ilegales como detenciones y secuestros, seguidos, en la mayoría de los casos de homicidios, desapariciones y tortura de las víctimas, generalmente pertenecientes a partidos comunistas, socialistas, e integrantes de focos guerrilleros. La represión militar se potenció a través de la articulación entre dictadores americanos, para establecer una organización represiva internacional (Operación Cóndor) que ejecutó un plan sistemático y minuciosamente organizado para lograr la vigilancia, detención y tortura de los opositores al régimen, más allá de las fronteras de cada país.

En El Nueve lo desnudaron y sentaron en la silla negruzca, en el centro de una habitación sin ventanas y apenas iluminada. El fuerte olor a excremento y a orines le dio náuseas. La silla era deforme y absurda, con sus añadidos. Estaba empotrada en el piso y tenía correajes y anillos para sujetar los tobillos, las muñecas, el pecho y la cabeza. Sus brazos estaban revestidos de placas de cobre para facilitar el paso

de la corriente. Un manojo de cables salía del Trono hasta un escritorio o mostrador, donde se controlaba el voltaje (...) Entre sesión y sesión de silla eléctrica, lo arrastraban, desnudo, a un calabozo húmedo, donde baldazos de agua pestilente lo hacían reaccionar. Para impedirle dormir le sujetaron los párpados a las cejas con esparadrapo. Cuando, pese a tener los ojos abiertos, entraba en semiinconsciencia, lo despertaban golpeándolo con bates de béisbol. Varias veces le embutieron en la boca sustancias incomedibles; alguna vez detectó excremento y vomitó. Luego, en ese rápido descenso a la inhumanidad, pudo ya retener en el estómago lo que le daban (Vargas Llosa, 2000, p. 463-465)

El modelo mono productor exportador que explotó la etapa oligárquica, concluyó con el empobrecimiento y retraso de los países centro y sudamericanos, por lo que la carta de presentación de las dictaduras fue la modernización infraestructural, la apertura a los mercados internacionales y la inserción de la idea de progreso a cualquier precio. Esto último, es efectivamente literal al examinar las políticas de endeudamiento llevadas a cabo, que posteriormente azotaron al continente con la "deuda externa". La ruta hacia el progreso, unido a la inyección de un componente ideológico "nacionalista" determinó también las largas décadas de dictaduras militares latinoamericanas. Curiosamente, la reformulación del aparato productivo, con los consecuentes cambios

del modelo económico que instauraron las Dictaduras Militares, enterraron definitivamente a la clase oligárquica que fue, paradójicamente quien permitió el ingreso de las Dictaduras a América Latina.

Discusión y conclusión

El ingreso de Latinoamérica a la Modernidad, se puede caracterizar a través de la violencia, y enfrentamientos de colectivos humanos, que hemos analizado como duelos históricos. La modernidad latinoamericana como proyecto de expansión del capitalismo europeo, redefine y organiza la sociedad en función de las relaciones productivas constitutivas del mercado. El proyecto moderno latinoamericano constituye un cuerpo de ideas ilustradas no emergentes en suelo americano. Una invención occidental europea que necesita de un crudo adiestramiento social y político para injertarse en América a través del ejercicio de la desmedida violencia física y epistemológica sobre la multiculturalidad existente, modelando el imaginario cultural colectivo y la identidad cultural. De esta manera, se someten las relaciones sociales a configuraciones de poder que han sido determinadas previamente por el sistema mundo capitalista cimentando el eterno conflicto de hegemonía y dependencia que se perpetúa en el consenso que genera la promesa implícita en la Modernidad.

En la búsqueda de lo propiamente latinoamericano, y de acuerdo a la perspectiva construccionista que acusa la identidad como resultado de las experiencias del su-

jeto en el contexto social en el que está inserto, identificamos por una parte, la situación de des poder en la geopolítica del conocimiento y la repartición de los bienes como matriz geográfica de la identidad latinoamericana. América junto a África, se caracterizan por ser continentes que acogen a la modernidad impuesta violentamente, en medio de desarraigos, dolor y traumas colectivos. Berrios (1988), cuestionó esta situación al hablar de una problemática percepción de la libertad, que emergió desde el primer movimiento revolucionario de la independencia americana y que transversal y diacrónicamente, ha constituido la aporía identitaria constante de la región. Posicionados en este conflicto libertario, y desde las intervenciones teóricas de tradición solidaria como el marxismo, existencialismo, estudios poscoloniales y teorías críticas, identificamos el segundo componente identitario, el desdoblamiento problemático de la sociedad en colonizadores colonizados; patrones y obreros; derechas e izquierdas; opresores y oprimidos. La voz del des poder no encuentra vías de historización, por lo que reclama su representación, encontrándose con el óbice infranqueable que imposibilita al sujeto subalterno de proyectar su propia voz, en los mecanismos de representación discursiva. Spivak (1998) a través de la interrogante clásica ¿puede hablar el sujeto subalterno? plantea al respecto, que si el sujeto en situación de des poder tuviera espacio para hablar, dejaría de serlo, pues es intrínseco a su condición, no tener espacio de representación. En la imposibilidad de asumir la palabra para narrar su propia historia, el arte asume la tarea de hablar

por aquellas dimensiones de la identidad que han sido violentadas, marginadas y relegadas a la idea de un pasado exótico. A través de él, se ejercita el reconocimiento colectivo de la experiencia común del dolor, que se presenta como aliteración insistente, desde varias dimensiones temático narrativas. Tramas que se mueven alrededor del desconocimiento de una identidad y la lucha contra lo aparente, que oculta, disfraza o dificulta la lucha por hacerse reconocer. Matrices narrativas en las que prima el desgarramiento trágico, primeros planos del dolor y la exacerbación de los estereotipos y los sentimientos, están presente en expresiones del arte y la literatura, lo que nos sugiere comprenderlos como de la identidad latinoamericana sublimada, o al menos como parte de un imaginario común sobre el cual construimos identidad y que cada cierto tiempo se descarga a través de la literatura. Efectivamente, y siguiendo a Freud (1905), la sublimación es uno de los posibles destinos de una pulsión que no consigue descargarse en su objeto, y libera su tensión a través de objetos sustitutos, en este caso, la literatura.

La narración, acude a la ficción, para ejercitar el reconocimiento colectivo de la experiencia común del dolor. Cuando la historiografía falla, se fabulan historias para suplir sus deficiencias, en las cuales se puede leer la verdad escondida en las mentiras humanas (Vargas Llosa, 2002, p. 14). Entonces el límite entre la verdad y la ficción se vuelve irrelevante pues la literatura no es más que la representación vicaria del acontecimiento que necesita ser visibilizado.

A partir de lo anteriormente expuesto, podemos concluir que la esencia de un continente fuertemente azotado por eventos autoritarios, es la libertad, como problema, como objetivo. La historia común sobre la cual construimos nuestra identidad, ha nutrido pulsiones rebeldes, que cada cierto tiempo y en diferentes periodos históricos (conquista, dictaduras, lucha armada) se potencian, dejando una vez más, la libertad al centro de la utopía. La literatura y el arte, se constituyen como descarga de esa pulsión libertaria que nos define y determina, leyéndose en sus letras, con precisión historiográfica, los duelos de clase, etnia y de poder que ha soportado el continente.

Referencias Bibliográficas

- Allende, I.** (2007). La casa de los espíritus. Buenos Aires: Sudamericana, (1° ed. 1982).
- Asturias, M. A.** (1995). Leyendas de Guatemala. España: Alianza.
- Augé, M.** (1998). Las Formas del Olvido. Barcelona: Ed. Gedisa.
- Benedetti, M.** (2000). Poemas del hoyporhoy. Buenos Aires: Sudamericana, (1° ed. 1961).
- Berrios, M.** (1988). Identidad, origen, modelos: pensamiento latinoamericano. Santiago de Chile: Instituto Profesional de Santiago.
- Burns, B.** (1985). La Modernización del Subdesarrollo: El Salvador, 1858-1931. Santiago de Chile: Instituto de Estudios Contemporáneos.
- Cardenal, E.** (1972). Epigramas. Buenos Aires: Ed. Carlos Lohlé, (1° ed. 1961).
- Cavarozzi, M.** (1978). El Orden Oligárquico en Chile, 1880-1940. *Desarrollo Económico*, (70), p. 231-263.
- Cotler, J.** (1977). América Latina, Historia de Medio Siglo. México: Siglo XXI Editores.
- Donoso, J.** (1998). Casa de Campo. Santiago de Chile: Alfaguara, (1° ed. 1978).
- Fanon, F.** (1983). Los condenados de la tierra. México: Fondo de cultura económica.
- Foucault, M.** (1996). Genealogía del Racismo. Argentina: Altamira, Argentina, (1° ed. 1976)
- Freud, S.** (1992). Obras Completas. Vol. (7). Buenos Aires: Amorroutu, (1° ed. 1905).
- García Márquez, G.** (2008). Cien años de soledad. Bogotá: Sudamericana, (1° ed. 1967).
- Gutiérrez Contreras J. C. y Villegas Díaz, M.** (1998). Derechos humanos y desaparecidos en dictaduras militares. *América Latina Hoy*. Recuperado de http://www.desaparecidos.org/nuncamas/web/investig/biblio_contrer_diaz.htm
- Icaza, J.** (1961). Obras escogidas. México: Aguilar, (1° ed. 1934)
- Koselleck, R.** (1998). Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos. Barcelona: Paidós.
- Moreiras, A.** (1999). Tercer Espacio: Literatura y Duelo en América Latina. Santiago: AR-CIS/LOM Ediciones.
- Quiroga, P.** (2002). El Predominio de las Oligarquías y la Prusianización de los Ejércitos de Chile y Bolivia (1880-1930). *Estudios Historiográficos*, año 1, N° (1), p. 119-135.
- Salazar, G.** (2003). Historia de Acumulación de la Acumulación Capitalista en Chile. San-

tiago de Chile: Editorial LOM.

Sartre, J. P. (1948). Reflexiones sobre la Cuestión Judía. Buenos Aires: Editorial Sur. (1968). Colonialismo y Neocolonialismo. Buenos Aires: Editorial Losada.

Spivak, G. Ch. (1988). ¿Puede hablar el Sujeto Subaltero? *Orbis Tertius*, Año 3 N° (6), p. 189-235.

Vargas Llosa, M. (2000). La Fiesta del Chivo. Santiago: Alfaguara. (2011). La verdad de las mentiras, Madrid: Alfaguara, (1° ed. 2002).